

el asfalto. Galy decidió bajar porque sintió que el aire le encrespaba los ojos y las pestañas. Lili giró en un movimiento repentino para bajar; en ese instante se escuchó el rugir del motor de un tráiler que iba en sentido contrario, frenando. Un silbido se oyó con el jalón fulminante del viento, seguido del estruendo de un cañón y una bala cayendo a tierra, sonando bofa y sin explotar, como si el polvo se levantara. No se distingue con los ojos enchilados, y te los tocas porque no sabes si ves o no; como cuando se regresa algo a su lugar por inercia, impulsado por un resorte. Así se cerró repentinamente la tapa a mitad del camino. En un instante todo se volvió penumbra. Eliana volvió la vista hacia arriba, sólo distinguió una rendija de luz, lejana y confusa. Creyó que era una pesadilla donde corría lentamente detrás de esa luz que parecía sofocarse. Extendió los brazos para alcanzar la rendija, que estaba sostenida por el pecho oprimido de Lili, miraba sus manos abiertas por segundos que parecieron minutos... El tiempo se detuvo. Galy había sido golpeada con la tapa en la cabeza y lanzada fuertemente hacia el interior. Por unos instantes perdió el conocimiento; cuando despertó, alcanzó a reaccionar. Entre ella, Eliana y Lucrecia hicieron un esfuerzo sobrehumano para levantar con la cabeza la pesada lápida. Con un movimiento se impulsó después de poner sus pies en puntillas hasta que sintió un calambre que le desgarraba el músculo de la pantorrilla. Tocaron la tapa, obstruida; inerte, el cuerpo robusto de Lili se hundió lacio, como una tela de seda que se extiende con el soplo del viento, la lleva, juega, y al final la recuesta mansamente en el pasto. Enseguida todo permaneció en absoluta oscuridad.

Sin reservas, con la cara alta, limpia de inocencia, buscó y encontró su destino: el accidente.

## 2. EL VIAJE FUE SU DESTINO

Era lo que les quedaba, la oscuridad que lo invadía todo, el mundo que mira sólo el vacío lleno de tinieblas. Aunque Galy decía que estaba bien, no era cierto. Lili yacía en el piso húmedo sintiendo el frío de la indiferencia, creyendo que se trataba de una horrenda pesadilla, perseguida por el intenso miedo a lo que no se sabe si nos lleva a un camino sin fin, sin despertar, o a ver la luz de un momento a otro.

Apenas distinguió su cuerpo en la penumbra, su rostro parecía agotado por una lucha que no era física, por una batalla mental; se perdía en la pared fibrosa la mirada abatida, inconsciente. Las figuras apenas presentes. El olor a humedad penetraba sin una ráfaga de aire que se colara por las rendijas. Estuvo pensada durante unos minutos, suficientes para determinar el resto de su vida. Una infamia descrita por el sufrimiento. El viaje fue su destino.

Cuando sintió el golpe de ese pesado bulto de madera en su pecho, impulsado por el viento, perdió el conocimiento. Pasaron unos instantes, entreabrió los ojos, miró a su alrededor. Su vista nublada y la oscuridad le impedían darse cuenta de lo que sucedía. Percibió un sabor tibio, a hierro de la sangre ahogada en su garganta. Miró sus brazos caídos a los costados, no pudo sentir la piel pegada al piso ni mover los dedos de las manos. Sólo le llegaban a las sienes las punzadas del frío que le recorría la columna vertebral hasta el cuello, donde se volvía más intenso; la pesadez de su propio cuerpo convertido en un saco de plomo.

Escuchó a lo lejos un llanto incesante, el de su hermana Eliana y el de Yaya. Permanecieron en ese estado durante dos horas; les

pareció eterno. El transcurrir hasta la vejez y casi la muerte en los rostros, arrugados, deshechos entre las sombras, eso describió todo. ¿Sería la vida que alcanzó a Lili a tan corta edad? Y su familia también la acompañaría en dicho camino... que parecía sólo de ella. Porque nadie está solo en este mundo, ni en la desdicha ni en la felicidad.

Yaya, su prima de seis años, muda, quieta, sentada en una banca arrinconada, observando sin entender lo que sucedía, sólo el reflejo de las sombras sobre las sombras, con un rictus de terror en el rostro, mientras los acontecimientos sobrepasan su capacidad de digerir; entender lo que sucedía era casi imposible.

Los torrentes te arrastran sin control, te llevan hasta el cauce resbaladizo, te sujetas a unas ramas y a otras, y tarde o temprano te llevan de nuevo por un tiempo, sin saber cuánto. Ésa es la vida de alguien como Lili, un torbellino que gira alrededor de decenas de vidas y no pueden escapar de él.

Los intentos por alertar a los que iban en la cabina del conductor fueron en vano y las redilas se erigieron como murallas. La desesperación creció a medida que los kilómetros devoraban la paciencia. La banca de madera sirvió de arma para golpear la cabina y poder ser escuchadas en el exterior por alguien que pudiera ayudarlas antes de que se derrumbaran, antes de perder la noción del quién se es. Lili no podía hablar, las palabras le brotaban como suspiros.

Galy y Eliana levantaron con la cabeza una y otra vez, la pesada tapadera de esa congeladora ambulante; por un lado sacaron la mano y parte del alma desesperada. Eliana quería estar en el lugar de su hermana, pero era inútil, todo lo que hicieran no cambiaría el suceso. Mientras lloraba, las lágrimas le recorrían el cuerpo como lava candente y llegaban hasta sus pies para volver a absorberse; así nunca terminaría de llorar. Sabía que algo malo estaba pasando, su percepción no se equivocaba. Desde entonces lo supo y despertó su conciencia clara al mundo para abrumarla

con una realidad pura, lejos de juegos y brincoteos infantiles: ahora tenía cuerpo, manos. Se observó hasta el último y recóndito lugar para no dejar de verse nunca más.

Los retumbos de la ciudad se escuchaban. Supieron que la agonia de ese trayecto terminaría pronto. Se detuvieron en la terminal de autobuses. El pasador de la aldaba de la puerta trasera, pequeña, de donde debían salir encorvadas, se abrió por fuera. Lo primero que escucharon Olivia, Lalo y el chofer, fueron gritos.

Después de este suceso, todo pasó lejano y confuso, nada pareció real, nadie se imaginó la trascendencia y lo que esto significaría para Lili: su inmovilidad para siempre. Parecía que nadie comprendía su sufrimiento.

Llegaron al hospital Agraz y no pudieron hacer nada por ella. Tal vez los médicos no estaban calificados para afrontar la tarea, pero la mandaron al hospital Fátima, donde sabían que tenían mejor tecnología.

La cara de Olivia dejó escapar un signo de extrañeza; siguieron incrédulos al hospital Fátima, donde la atendieron inmediatamente. Llamaron una camilla para bajar su cuerpo totalmente desguanzado. Lili seguía en una ambigua alucinación. La luz le molestaba los ojos, no conseguía abrirlos, oía sonidos extraños, creía que eran personas que hablaban en otro idioma, con la lengua pesada, sin entender qué decían. Estaba cansada, se durmió pensando que tal vez era un sueño extraño.

Se perdió detrás de la puerta de cristal, entre los pasillos. Hombres de batas blancas, luces que se filtraban por la retina y llegaban hasta las sienas provocaban que el pequeño músculo de los párpados los cerrara. El olor de antisépticos salía por debajo de las puertas cerradas y lo impregnaba todo. Perplejos, los presentes se quedaron mudos, con la incertidumbre carcomiéndoles la razón. Olivia y Lalo se miraron uno a otro. Salieron en busca del vehículo que los dejó hacía unos momentos; el chofer, novio de su hermana, y la camioneta no estaban, no fue posible encontrarlo nunca más.